

Araceli Gutiérrez Barberá

# Guantes, gatos

*y otros relatos*



# Guantes, gatos y otros relatos

Araceli Gutiérrez Barberá

## ***Guantes, gatos y otros relatos***

©Araceli Gutiérrez Barberá, 2018

©Diseño de portada: Alicia del Real

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

«Dentro de los objetos viven historias y voces  
que los explican...»

Care Santos  
*Deseos de chocolate*

# ÍNDICE

[MORDISCOS EN LOS TOBILLOS](#)

[LOS GUANTES DE RITA](#)

[LOS TERRITORIOS COMUNES](#)

[LA FICHA](#)

[GASTRONOMÍA DE GUERRA](#)

[WILLKOMMEN](#)

[LA PENSIÓN](#)

[OSTALGIE](#)

[MUJER CON GATO](#)

[ANCHO ESTRECHO](#)

[HOTEL EOLE](#)

[ENDE ODER FOLGE?](#)

[Gracias...](#)

## MORDISCOS EN LOS TOBILLOS

Mientras jugábamos aquella mañana a las canicas después de haber bombardeado sin piedad, pero de mentira, a los hermanos del cuarto izquierda, mi amigo Jesusito y yo vimos sobrevolar los aviones del pan. Mi padre me tenía prohibido recoger esos mendrugos negro-amarillentos. Yo no le hacía caso. Mi hambre resultaba más poderosa que su prohibición.

La calle casi siempre estaba desierta, solo algunos de los no evacuados todavía a las colonias de Levante la poblábamos ingeniando como matar las horas. ¡Qué paradoja, en jornadas de tanta muerte! Sin embargo, cuando los aviones del pan sobrevolaban el barrio, la gente se multiplicaba. Mujeres, niños y ancianos corrían tras los mendrugos soltados por los aeroplanos. Se tiraban al suelo, se arrastraban por el pavimento, se empujaban entre ellos. Jesusito y yo nos habíamos inventado el mordisco en el tobillo. Infalible. Nos escurríamos entre las piernas de los adultos y en el momento en que se disponían a agarrar el mendrugo de pan caído del cielo directamente a aquel infierno de almas ávidas, les mordíamos a la altura del talón. Les impedía, ante el dolor y la sorpresa, recoger el chusco. Por tanto, nuestro.

Aquel día, en el que reflexionando situó el inicio de mi desconcertante historia infantil, entre Jesusito y yo recolectamos siete trozos. De ellos, cuatro los llevó a casa mi amigo porque decía tratarse del pan de Franco y que para eso

su padre era de los suyos. Yo, a diferencia, tuve que abrir los tres panecillos adjudicados en el reparto y quitar el papel escondido dentro. Aún me dolía la bofetada que me propinó mi padre la primera vez que llevé a casa los panes de los aviones. Mi madre los puso en la mesa, humedecidos los ojos de pura alegría, creo yo. Cuando mi padre partió el mendrugo para acompañar unas mondas de naranja rebozadas y salió aquel papel con la leyenda: «Ni un español sin pan, ni un hogar sin lumbre», la vena del cuello se le hinchó como si fuera a estallar. No me dio tiempo a responder a la pregunta de quién había traído el pan fascista, y ya tuve su enorme mano plantada en mi huesuda cara. Me prohibió coger el pan de Franco.

Dio respuesta a la consigna del mendrugo con otra frase: «Esta es la obra del fascismo: hijos sin padres, hijos sin pan». La bofetada me hizo aprender bien la lección. Desde ese día mis panes, arrebatados a base de morder las piernas de los vecinos, fueron liberados de arengas fascistas y mi padre se comía el chusco que, de puro hambre, le parecía recién horneado en la tahona próxima a la iglesia del Buen Suceso. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que yo estuviera a salvo de inéditos castigos y reprimendas diversas. Esa misma jornada, la de los panes expurgados de proclamas, se montó una nueva bronca en la mesa y no por un mendrugo sino por unas lentejas.

Mi madre y mi abuela pasaban la tarde y buena parte de la noche antes de irse a la cama limpiando lentejas de millones de repugnantes piedrecillas. Finalizado el expurgue, el montón de chinarrros era mayor. Las legumbres, por el contrario, escasas cual pastillas. Algunos bromeaban llamándolas las píldoras del Dr. Negrín. El médico Juan Negrín era el presidente del Gobierno republicano, algo que mi padre estaba dispuesto a defender con su propia vida si fuese necesario. Yo no reparé en ello y sí en el caldo y cua-

tro lentejas flotando. Justamente, balbucí mi hartazgo por comer bazofia, esas píldoras del doctor Negrín, como las llamaba el padre de Jesusito. En el momento en que el mío lo oyó me clavó su oscura y penetrante mirada. Enseguida supe que la había vuelto a liar. Percibí a mi madre y a mi abuela removiéndose en sus asientos.

—No quiero que vuelvas a ver a Jesusito ni al fascista de su padre en tu vida, ¿me has oído? Nunca en tu vida, ¿oyes? No quiero gente a nuestro lado que hace burla de los políticos elegidos por el pueblo. Si energúmenos como ellos no hubieran empezado esto —la vena del cuello de mi padre aumentaba—, ahora nos estaríamos comiendo un buen cocido y luego dormiríamos tranquilos una larga siesta. Si algunos no hubieran empezado, estaríamos pensando en qué hacer mañana. Gracias a ellos pensamos en cómo no morir hoy. Solo deseo que un hijo mío lo entienda. De no ser así, mi esfuerzo es inútil.

Debí callar, pero no lo hice y en el instante de suma transcendencia paterna, cuando esperaba que estuviera entendiendo su mensaje de presente y futuro, volví a pifiarla.

—A mí qué me importa tu esfuerzo. Tampoco te esfuerzas tanto. Dice el padre de Jesusito que eres un terco. Sacrificas a toda la familia por lo que tú piensas. Ni siquiera me dejas ir a las colonias de Levante. ¡Quiero ser un evacuado! —Me lanzaba al precipicio—. Dice que en esta casa lo único evacuado es la merluza. —Tiré varios dardos e hice diana en mi pobre madre. Los domingos que no conseguíamos alguna paloma callejera para estofar, ella, ingeniosa cocinera, recurría a un plato hecho con despojos de pescado rebozado con algo de harina. En el Madrid de aquel periodo la receta evolucionó en común en cuantiosos hogares. Aplacaba el hambre recordando un cierto sabor marino casi olvidado. Servida acompañada de buenas dosis de



ironía a modo de guarnición, tan imaginativo manjar era conocido por «merluza a la evacuada».

Mi padre volvió a atravesarme con la mirada. Estuvo en un tris de abofetearme. Se limitó a suspirar y a exigirme que pidiera perdón a mi madre y a mi abuela. Remató el mensaje.

—No vas a salir en lo que te queda de verano. —Eso sí dolió. Aquella tarde había quedado con Jesusito. Iríamos a jugar a los fusilamientos en los escombros cercanos a la Casa de las Flores. Antes de que una bomba la golpeará y desaparecieran todos los geranios de sus balcones, mi padre solía llevarme a ese rincón del barrio, a la esquina con la calle Hilarión Eslava, para que viera a gente interesante.

—Mira ya entran en casa el escritor chileno y su mujer... Ahí llega a visitarles el poeta gaditano... Mira, hijo, mira, ahí va un joven alicantino que escribe puro sentimiento... —Así uno tras otro. Hablaba tal si se codeara, pero yo creo que solo los conocía por la revista que devoraba ávidamente, *El Mono Azul*. No lo negaré. Cada vez que me relataba el trasiego en ese edificio, afloraba luz en su cara, una dosis de esperanza.

Desde que se agolpaban los escombros en la zona, los niños íbamos allí a jugar a la guerra. Luchábamos en un frente imaginario a pocos metros del real, simulábamos dispararnos y caer abatidos, incluso formábamos pelotones de fusilamiento y aniquilábamos a ficticios enemigos, siempre uno de los hermanos del 4º izquierda. La tarde que marcaría la vida de Jesusito y la mía, a continuación de los desafortunados comentarios por mi parte, concluidos con el castigo de no volver a salir en todo el verano, habíamos planeado ir a jugar a fusilados en los escombros anejos a la Casa de las Flores. Sin embargo, no pude abandonar mi

habitación aunque mi amigo y vecino vino a buscarme hasta en dos ocasiones. Encerrado entre cuatro paredes y harto de llorar por la injusticia que yo creí mi padre cometía conmigo, oí decir a mi madre, con voz apagada pero dulce, —Hijo, Jesusito, su padre le ha castigado. Vete a casa tú también. No está la calle para andar por ahí danzando. — Después escuché cerrarse la puerta. Acto seguido intuí los pasos cansinos de mi madre hacia la cocina. Seguro que estaban otra vez ella y mi abuela dándole a la limpieza de piedras en las lentejas. Las mismas a las que yo ridiculicé durante el simulacro de almuerzo. A media tarde volví a oír como llamaban a la puerta de casa y mi madre paciente atendía nuevamente al amigo.

—Criatura, sabes cómo es su padre. Le ha castigado todo el verano. Anda pasa antes de irte a tu casa y toma un poco de bizcocho. Acaba de salir del horno. —Increíble. Yo castigado por reproducir lo que decía el padre de Jesusito y mientras a él le premiaban dándole de merendar. Oír pronunciar a mi madre la palabra bizcocho y fue pensar en el de verdad, horneado antes de la contienda a base de harina, huevos, manteca, leche y azúcar. En el de la guerra, la harina había sido sustituida por pan duro mezclado con un ápice de aceite. No tenía azúcar y en lugar de leche se diluía en agua. Cualquier similitud, pura fantasía. Pero al fin y al cabo, gracias a la imaginación de mi madre en la cocina, teníamos bizcocho. Con uno celebramos Jesusito y yo mi noveno cumpleaños en febrero. La tarde de mi castigo me pareció atisbar cómo con otro se relamía mi amigo, entretanto mi madre y abuela reían sus ocurrencias. Me ignoraban, ni más ni menos. Pasada una media hora escuché los sonoros besos de despedida a mi vecino, que ya no amigo. Los celos estaban a punto de inundar mi dormitorio y ahogarme en ellos, cuando la puerta se abrió y vi a mi madre portando un plato que contenía un trozo de bizcocho y un vaso de falso café, un brebaje sucedáneo con cáscaras de

cacahuete. Mi madre apenas me miró. Disipó todas mis envidias en una sola frase.

—Anda come, a ver si pones cordura en esa cabezota.

—Iba a pedirle perdón por lo de las lentejas y la merluza y a agradecerle el bizcocho y el café. Ella se adelantó.

Acto seguido, volví a preocuparme por mi estómago. Desde que empezó la guerra constituía mi desasosiego.

—Madre, ¿hoy qué vamos a cenar?

—Herviré unas hojas de lechuga —respondió apesadumbrada. En otra circunstancia habría dicho que estaba harto de esas lánguidas hojas escaldadas tal si fueran espinacas, pero recordé el sacrificio. Mi abuela y ella renunciaron a sus coloridas violetas del balcón, mimadas, cuidadas y motivo de orgullo entre el vecindario, para plantar en los tiestos lechugas con las que llevamos a la boca algo de energética verdura. Ante el panorama de cena con lechuga hervida, sonreí, una forma de darle las gracias.

Antes de que me llamaran a cenar, minutos previos a la liberación, escuché revuelo a través de la ventana de mi habitación colindante al patio. Incluso creí percibir los llantos de la madre de Jesusito. Lo preocupante fue el silencio ulterior, amordazado, inquietante, presintiendo nada bueno.

Mi padre llegó a casa y eso me sacó de la angustia del sigilo. Quizá porque aguardaba una zozobra mayor: tener que acomodarme frente a él y escuchar otro rapapolvo o aumento de castigo. Mi madre vino a buscarme y yo salí todo manso. Me senté a la mesa. Antes besé con un simple roce a mi padre. Él rehuyó mirarme, tal vez ocultando sus ojos humedecidos.

No habíamos empezado a dar cuenta de la lechuga hervida y alguien llamó atropelladamente a nuestra puerta. Adiviné la voz de Jesusito. Pedía urgente que mi padre abriera y le dejara pasar. Mi abuela empezó a rezar. Su hijo la miró reprochador mientras se levantaba. Mi madre fue más rápida. Cuando él quiso llegar ya había abierto y tenía a Jesusito entre sus brazos, quien enseguida escapo de ellos y cayó de rodillas ante mi padre.

—Señor Juan, mi madre dice que me arrodille para que salve usted a mi padre. Usted sabe dónde se lo han llevado sus amigos, que le van a matar en la «greca» esa. Por favor señor Juan... mi madre dice que siempre hemos sido buenos vecinos. Yo soy el mejor amigo de su hijo.

Mi padre levantó del suelo a Jesusito como si el pobre y escuálido niño fuera una pluma. Mi madre cruzó el rellano en busca de la vecina. La mujer apareció en casa y lloraba desconsolada. Ella también se echó a los pies de mi progenitor y le imploró que sacara de allí a su marido. Repitió lo de la checa, no «greca». Añadió que le iban a matar por fascista.

—Señor Juan, se lo ruego —suplicaba la mujer— esos hombres que han venido a por él los he visto a veces con usted. Son los de la patrulla del amanecer, estoy segura. Se lo pido por su hijo, por lo más sagrado, solo usted puede salvar a mi marido. Sabe los rumores, que los meten en pisos de «rojos» y les matan con un tiro en la nuca... Le he querido dar una cantimplora con agua al llevárselo y me han dicho que donde va no la necesitará, claro, —aumentó el sollozo— le matan, le matan.

Para aquel entonces mi abuela iba por el tercer padre-nuestro y mi madre escrutaba sin piedad a mi padre. Las miradas de ambos se cruzaron. Él corrió hacia la habitación.

Yo le seguí, a nadie preocupaba un ser insignificante. Vi a mi padre sacar una pistola de entre el colchón y cargarla con balas que tenía guardadas debajo de una loseta suelta. Era una pistola auténtica. La empuñaba saliendo por la puerta de casa. Me puse a llorar. Nadie lo advirtió. Sabía que él y sus amigos iban a matar al padre de Jesusito. Yo tenía la culpa por haberme ido de la lengua contando como el hombre se mofaba de «las píldoras del Dr. Negrín» y de «la merluza a la evacuada».

Desde que mi compañero de juegos llegara llorando a mi casa hasta que mi padre volvió a entrar por la puerta transcurrieron unas cuatro horas. Representaron cuatro años. Mi abuela seguía rezando, la madre de mi amigo la secundaba y hasta mi madre, sin tratos con la iglesia por no molestar al marido, también pedía a Dios que devolviera vivo al vecino. Jesusito y yo nos mirábamos sin rechistar. En mi cabeza revoloteaban las palabras escuchadas: «checa y patrulla del amanecer». Todo relacionado con mi padre y aquellos amigos ocasionales. Me atenazaba una idea: que después de esa fecha, Jesusito y yo nos convirtiéramos en enemigos para toda la vida, de verdad, no en la forma en que lo éramos de los hermanos del 4° izquierda.

Pasada la medianoche, las mujeres concluyeron los rezos súbitamente al escuchar unos pasos en la escalera. Entró mi padre, demacrado, rictus serio. Exhortó a Jesusito y a la señora Azucena, la madre de mi amigo, a partir con él. Lo decía con la pistola colgada en la cincha, escondida tras la camisa. Desconozco de dónde saqué el valor, pero me puse ante él y le impedí el paso.

—Por favor padre no los mates, lo que decían de la comida son bromas. —Mi padre me apartó de un guantazo y entonces lo tuve claro. Iba a matar a mi mejor amigo y a su

madre. Ya había liquidado al padre. Le odiaría eternamente.

De lo ocurrido aquella noche ni palabra en casa. Todos fingimos que no había pasado. Éramos personas huecas, vacías. Yo me sentía así porque no quería a mi padre, a veces tampoco a mi madre ni a mi abuela, por haberlo permitido. Evitaba recordar a mi amigo. Estaba muerto y hacerlo me dolía. Desde que mi padre se llevara a Jesusito y a su familia, el frío inundó mi casa y nos acompañó todo el otoño e invierno siguientes. También se helaron las calles de mi barrio, que ya no eran calles, que ya no era barrio, sino una escombrera montañosa cuyas cimas se erigían en la calle Vicente Blasco Ibáñez y en el Teatro Ideal Rosales. Ni siquiera el día en que mi abuela nos dejó, del modo en que siempre lo hacía todo, callada, fui capaz de mostrar calor, de abrazar a mi padre. Bastante me costó entender a mi madre.

—La abuela ha muerto, sin embargo no ha muerto, ¿me entiendes? Nadie tiene que saberlo. —Yo había decidido castigarles con mi mutismo por lo perpetrado a Jesusito. No indagué sobre el acertijo de la muerte sin muerte. Pero a los dos días del fallecimiento, me pareció entenderlo. Ocurrió al acompañar a mi madre a hacer la insostenible cola para conseguir algún alimento con la cartilla de racionamiento. Ni corta ni perezosa le espetó al tendero: —Aquí tiene la receta de la ración de azúcar y leche de mi anciana suegra. —Esa escasa leche en polvo y un somero recuerdo a azúcar me lo acabé bebiendo yo. La abuela murió excepto para sus recetas de ración extra, las que todavía concedían a las personas de edad. Ese plus de la abuela me libró en varias oportunidades de irme a la cama tal y como había despertado, sin alimento en el estómago. Aquel frío invierno llegué a recordar nostálgico las píldoras-lentejas del Dr. Negrín y hasta la merluza a la evacuada. Solo al-

guna que otra jornada parecía haber cierta alegría en los pucheros. Digo cierta y no entera, porque mi padre siempre rebañaba la mitad de la cazuela para llevárselo en una tartera quién sabe adónde. Una de las sobremesas me sentó fatal que nos arrebatara la mitad de nuestra exigua comida. Mi madre guisó unos gramos de arroz con castañas pilongas. Pedí repetir. Me respondieron negativamente, mientras él apuraba y guardaba los restos en la fiamblera. Volvió a hacerlo el día en que mi madre cocinó un simulacro de chuletas con puré espeso de algarrobas. No reclamé más. Sabía que nos lo requisaría. Seguro que prefería dárselo a esos que mataban gente al amanecer.

Después de las algarrobas convertidas en tentativa de chuletas no volví a ver a mi padre en cinco años y para entonces yo había dejado de ser un niño y él prácticamente había dejado de ser un hombre.

Durante un tiempo mi madre lloró. Lo hacía a escondidas, sorteando que yo me enterara. Esa temporada acudió todas las tardes al hospital de Maudes, donde estaba convaleciente su marido desde que lo hirieran de gravedad cerca de la Plaza de la Moncloa. Nunca fui a visitarle allí. Ella no me pidió acompañarla y yo menos aún lo deseaba. Vivía feliz sin tener su presencia en casa. Mi madre y yo casi le habíamos perdido el miedo a todo. Incluso ciertas madrugada al escuchar las sirenas de los bombardeos, no corríamos hacia el refugio. Nos dábamos media vuelta en la cama y seguíamos durmiendo. Una noche sí, una noche sonaron las alarmas y mi madre dijo que no aguardaría a la muerte. Corrimos hacia la estación de metro de Chamberí.

En el andén nos refugiábamos junto a las ratas. Resultaba difícil lograr un espacio en el que acurrucarnos para engañar el miedo y tapar el frío. Harapos cubrían los rostros de mujeres, ancianos y niños convirtiéndonos en fardos que